

## Presentación

---

Edith Yesenia Peña Sánchez y Joan Vendrell Ferré

Editores

La antropología se ocupó siempre, desde sus inicios precientíficos, de la descripción de costumbres y prácticas sexuales. También se encargó de valorar dichas costumbres y prácticas a partir de los presupuestos y prejuicios aplicados al tema por viajeros, exploradores, misioneros y administradores coloniales, los cuales constituyeron, como se sabe, las fuentes de la antropología de salón decimonónica. Dada la condición de ciencia de "lo extraño" o "lo otro" que arrastró la antropología desde el principio, no podía ser de otro modo. ¿Qué podía haber más extraño a los ojos de esos conspicuos representantes de la cultura occidental que las extrañas costumbres de los "exóticos" en lo referente al cuerpo, el apareamiento, el matrimonio o la descendencia, por no hablar de lo permitido y lo prohibido en la interacción entre hombres y mujeres, jóvenes entre sí, jóvenes y viejos, personas del mismo o distinto sexo, o la existencia de categorías de género y de sexo "supernumerarias"? Debido al exagerado papel otorgado en Occidente a la *carne* como marcador moral, todo aquello que se desviase de las rígidas normas establecidas al respecto en el mundo de la civilización burguesa no podía dejar de provocar el asombro, la curiosidad, el miedo o la repugnancia, una serie de sentimientos que suelen desembocar en la descalificación sin paliativos cuando se originan fuera de un marco estrictamente científico (y a veces, por desgracia, también en el seno de la ciencia).

Entonces, hubo interés por esto que ahora llamamos el "sexo", y se pueden encontrar numerosas muestras del mismo en innumerables tratados, crónicas, libros de viajes y en las primeras obras con vocación "científica" dentro de la antropología. A veces hay que escarbar un poco para sacar a la luz esos datos y esas descripciones, pero están ahí y, si nos tomamos el trabajo de limpiarlas, en la medida de lo posible, de las adherencias compuestas por los valores y juicios de la época en que esos trabajos fueron compuestos, a veces encontramos material interesante con el cual trabajar [Cardín, 1984].

Sin embargo, esto no es todavía "antropología sexual". Para que ésta fuera posible hacía falta disponer de un marco teórico capaz de suministrar conceptos, hipótesis y, en definitiva, teorías a partir de las cuales superar esa fase "exótica", para entrar en una fase científica, en el estudio antropológico de la sexualidad. Para que todos esos datos desperdigados por las fuentes o los propios productos de la antropología de salón pudieran ser sometidos a un tratamiento integrado y sistemático, se necesitaba algo de lo que la antropología (incluso ya como ciencia) carecía, y que por sí misma nunca desarrolló: la idea de la existencia de una esfera de la vida humana llamada sexualidad, que sería posible aislar y estudiar por separado, es decir, que poseería sentido por sí misma como objeto de estudio. Hubiera sido difícil que la antropología desarrollara algo parecido, de hecho, puesto que los pueblos estudiados por ella —que durante mucho tiempo fueron los no-occidentales, circunscritos más tarde al ámbito todavía más reducido de los "primitivos"— carecían de cualquier cosa equiparable a la sexualidad como categoría cultural. La idea de que existe un ámbito de la vida humana con sentido propio llamado "sexualidad" es un invento occidental, y muy reciente además. Como objeto de estudio, es una creación de la biomedicina del siglo XIX. De ahí se extendió rápidamente absorbiendo aportaciones de otras disciplinas, hasta dar lugar a la aparición de un ámbito científico propio llamado "sexología". No nos ocuparemos aquí de esta fascinante historia en todos sus aspectos; nos basta decir que la antropología tomará de la sexología médica y, muy especialmente, del psicoanálisis, el marco conceptual que le permitirá agrupar desde entonces sus datos referentes a los usos y costumbres sexuales de los pueblos primitivos, exóticos y extraños en general, y empezar a andar su propio camino por esa vía.

Así, podemos hablar de una antropología sexual —o de la sexualidad—, a partir del momento en que esta disciplina adquiere conciencia de lo sexual. Esto ocurrió principalmente con la irrupción del psicoanálisis freudiano en el ámbito académico occidental, como nos muestran los ejemplos de Malinowski o la historia de la Escuela de Cultura y Personalidad en los Estados Unidos, pero también es rastreable en autores menos citados al respecto, como Evans-Pritchard. Desde entonces, es admisible hablar de una historia de la antropología sexual propiamente dicha, aunque su objeto de estudio no adquirirá verdadera carta de naturaleza hasta los años sesenta [Vendrell, 2005].

Los avatares de la antropología sexual desde sus inicios todavía poco conscientes hasta hoy pueden ser leídos de muy diversas maneras, bien como la evolución desde la "erotofobia" a la "erotofilia" [Nieto, 1996],

o bien, como el paso a través de una sucesión de paradigmas que irían desde la sujeción al biologicismo hasta el advenimiento del paradigma constructivista, pasando por el culturalismo [Vance, 1997]. Actualmente, es posible afirmar que se trabaja simultáneamente desde todas estas perspectivas. Siguen publicándose trabajos biologicistas (ahora respaldados por las etiquetas de la sociobiología y la etología, que gozan de cierto prestigio cultural), al mismo tiempo que constructivistas "radicales", pero en realidad la mayoría de los estudios todavía se mueven en las aguas intermedias del culturalismo, que al fin y al cabo es lo menos comprometido y, por tanto, lo más cómodo. Al menos lo que sí puede decirse es que la "revolución sexual" parece haber barrido con la erotofobia pura y dura, aunque la aparición del sida haya disminuido con mucho las alegrías erotofílicas en los últimos años.

En general, la situación en México — como era de esperar en un país fuertemente influido por los desarrollos científico-académicos europeos y, sobre todo, estadounidenses — ha seguido el esquema previamente presentado. Sin embargo, como en casi todo, también en lo referente al estudio antropológico de la sexualidad, México se configura como un país peculiar. El hecho de la existencia en su seno de decenas de culturas indígenas con características específicas, de cuya sexualidad se sabe poco o nada, resulta decisivo. Otro factor por tener en cuenta sería la historia de la entrada en el país de la cultura propiamente sexológica, historia que está prácticamente por hacer. A todo ello se suman las características singularísimas de la antropología mexicana, que cabe entender a partir de su propia historia. Y, por último — pero no en último lugar — la irrupción en las últimas décadas, en ámbitos urbanos pero irradiando desde ellos rápidamente, de los movimientos agrupados bajo las siglas LGBT (Lésbico, Gay, Bisexual, Transgénero). Su influencia en la naciente antropología sexual mexicana nos parece evidente, y el debate sobre hasta qué punto los estudios de antropología sexual deben ceñirse a la agenda política del movimiento LGBT o procurar desmarcarse de ella promete ser uno de los más interesantes de los próximos años.

No haremos aquí un recuento o estado del arte de lo que podría de uno u otro modo ser encajado dentro de la antropología sexual mexicana. De ello se ocupan específicamente trabajos ya existentes como el de Hernández y Peña [2003], y uno en particular de los que se presentan en esta revista (Porfirio Hernández Cabrera). Ambos aportan datos que permitirán al lector orientarse en el panorama de lo existente. Lo que ahora preferiríamos destacar es la escasez de lo producido hasta hoy en México en este ámbito. Lo que hay es sin duda importante y merito-

rio, pero resulta dramáticamente insuficiente, si tenemos en cuenta los gravísimos problemas que en este ámbito presenta el México actual. El mundo indígena, desbrozando el cúmulo de influencias a que se ha visto sometido desde hace siglos, y evaluando sus respectivos impactos, se encuentra prácticamente por estudiar. Lo mismo ocurre con el ámbito rural y con las diversas culturas que incesantemente proliferan en las ciudades. Y algo similar puede decirse desde la perspectiva de las diferentes regiones o áreas culturales del país. Tanto el proceso de sexologización de la sociedad mexicana en su conjunto, con su incidencia variada en los diferentes ámbitos descritos, como los procesos de politización contruidos alrededor de las identidades sexuales, los derechos de las minorías sexuales y el paradigma de la diversidad sexual, así como sus consecuencias, nos resultan prácticamente desconocidos, más allá de estudios circunscritos a lo local, o tenemos sólo vagas generalizaciones. Existen, como ya hemos dicho, aportaciones ricas e interesantes para la comprensión de estos problemas y procesos, pero su carácter puntual las convierte en la excepción que confirma la regla. Esta revista nace con el objetivo, en la medida de nuestras posibilidades, de contribuir a paliar estas carencias, así como el de promover trabajos que puedan abordar lo antes posible esta problemática en su conjunto, tal como se da en el México de hoy.

Por su origen e intereses, la antropología sexual estuvo conectada desde sus inicios, y aún debe hacerlo en la actualidad, con otras disciplinas. Llamamos a eso *interdisciplinariedad*, y con tal vocación nace también esta revista. Sin embargo, el enfoque propio de la antropología no debe diluirse en la interdisciplina hasta quedar irreconocible sino que debe mantener su peculiaridad, alimentándose de la tradición teórico-metodológica y el acervo etnográfico acumulados por la disciplina durante más de un siglo. Sólo así se justificaría su permanencia y proyección hacia el futuro, de cuya necesidad estamos firmemente convencidos.

Otro elemento por tener en cuenta es la necesidad que se ha venido imponiendo en las últimas décadas de conectar la comprensión de la sexualidad humana con la de los sistemas de género, así como con todo lo referente a la gestión del cuerpo y a una antropología de las emociones. El campo se ha expandido y acoge en su seno estudios sobre la construcción del género, el estudio de las representaciones sociales y del imaginario colectivo, la diversidad sexual, la violencia sexual y de género, la salud sexual y reproductiva, y un largo etcétera. De buena parte de ello se encontrarán muestras representativas en este primer número de la revista *Estudios de Antropología Sexual*, cuya gestión es larga y se in-

serta en diversos esfuerzos individuales y colectivos que perfilan a esta línea de investigación y este medio como un canal de comunicación que permita enlazar y debatir los avances en las investigaciones académicas, a la vez que difunde y promociona a jóvenes investigadores interesados en la diversidad sexual humana.

Esta revista nace gracias al apoyo del Instituto Nacional de Antropología e Historia a través de la Dirección de Antropología Física y la Escuela Nacional de Antropología e Historia y del Departamento de Antropología de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, mediante el proyecto Conacyt (29123-S). Agradecemos al director de la DAF, maestro Xabier Lizarraga; el director de la ENAH, el antropólogo físico Francisco Ortiz Pedraza, y al rector de la UAEM, el psicólogo René Santoveña Arredondo, su apoyo para consolidar y dar continuidad a este esfuerzo.

## Bibliografía

Cardín, Alberto

1984 *Guerreros, chamanes y travestís. Indicios de homosexualidad entre los exóticos*, Barcelona, Tusquets.

Hernández Albarrán, Lilia y Edith Y. Peña Sánchez

2003 "Breve panorama sobre la Antropología de la sexualidad", en *Diario de Campo*, suplemento núm. 26, Diversidad Sexual, pp. 67-72.

Nieto, José A.

1996 "Antropología de la sexualidad. Erotofobia y erotofilia", en Prat y Martínez (eds.), *Ensayos de antropología cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*, Barcelona, Ariel, pp. 357-368.

Vance, Carole S.

1997 "La antropología redescubre la sexualidad: un comentario teórico", en *Estudios demográficos y urbanos*, vol. 12, núms. 1 y 2, pp. 101-128.

Vendrell, Joan

2005 "¿Qué es, y para qué sirve, la antropología sexual? Del exotismo sexológico a la deconstrucción de la sexualidad", en *Mirada antropológica* (en prensa).